

LA CIUDAD Y LOS MUROS:

espacio segregado y objetos delimitantes

Marlene Ilama

Docente de la Escuela de Arquitectura, Instituto Tecnológico de Costa Rica. ITCR.

RECIBIDO: 16-10-07 • APROBADO: 27-11-07

RESUMEN

El artículo propone una reflexión sobre el proceso de encerramiento de la ciudad de San José a través de los muros y las rejas como objetos usados para la protección. Se revisan algunos conceptos que sustentan la relación de las personas con el espacio: el de la ciudad, el de la arquitectura y el permitido entre ellas. Se hace una retrospectiva de las variaciones manifiestas en el tiempo de estos objetos delimitantes y se percibe acerca de la imagen urbana y las posibles orientaciones en los actuales modelos de vida, resultantes del enrejado y el amurallamiento del espacio habitacional y urbano.

Palabras claves: Segregación • imagen urbana • rejas • muros.

ABSTRACT

This article proposes a lecture about the process of encaging San José city by walls and fences as protection objects. Some concepts are review that sustains the relationship of people and space, the city, the architecture and what is allowed between them. A retrospective is made about these delimitating objects and their variations manifested in time. The urban image and its possible orientation in actual lifestyles is perceived as a result of the encaging and walling processes of the habitational and urban space.

Key Words: Segregation • urban image • fences • walls.

El objetivo de este artículo es la reflexión de un tema que ha tocado mis sentidos a lo largo de los años y que, como profesional y persona interesada en la calidad del espacio urbano y de la estética de la ciudad, me ha inquietado. Lo anterior por asumirme como juez y parte de una práctica cotidiana expresada como cultura urbana, por un lado, y, además, por el desencuentro de espacios de discusión acerca de este, a pesar de la gravedad del problema.

Me refiero al proceso del enrejado y amurallamiento del espacio urbano (incluyendo las edificaciones y a partir de estas), que se ha generado en este país y, principalmente, en el Área Metropolitana en los últimos cuarenta años, aproximadamente. El fenómeno que se está produciendo llama la atención porque, sin querer justificar o cuestionar las causas que lo originan, el resultado es, sin lugar a dudas, real, dinámico

y nefasto. Y es tal vez su caracterización como dinámico lo que más preocupa, porque es una construcción cotidiana y no razonada desde la perspectiva del cómo se hace y hacia qué modelo nos estados dirigiendo; donde el accionar conjunto de muchos individuos acuerdan una caracterización del espacio en el tiempo; el espacio resguardado de cualquier manera.

La noción de espacio, el espacio en la arquitectura, la relación entre arquitectura y ciudad y el concepto de ciudad como lugar, serán algunos temas necesarios como fondo teórico para intentar el análisis de la problemática de la segregación del espacio. Se entenderá esta como el producto físico y social, tangible e intangible de la separación, donde el proceso físico, visual, de imágenes, iconográfico tal vez, es más inmediato para iniciar un análisis de esta naturaleza.

La relación entre arquitectura y espacio no ha estado siempre clara. La historia nos demuestra cómo el concepto de espacio ha sido ampliamente estudiado en sus diferentes connotaciones y consecuentemente ligado a las más variadas disciplinas. El espacio en la Antropología, de acuerdo con André Leroi-Gourhan, ve al ser humano como un domesticador del espacio y del tiempo más que como un fabricante de instrumentos. Domesticar significa destinar la creación de un espacio controlable en la casa y a partir de ella (Flamarion, 2001: 18).

Esto refuerza la tesis de Peter Wilson de que la adopción de la arquitectura a partir del neolítico, o sea, la construcción de abrigos permanentes, fue la primera y más significativa alteración del paisaje natural así como un punto de cambio de rumbo radical en la cultura. Surge, entonces, la vida en comunidad, con lo político, y se produce la separación y el reconocimiento de lo público y lo privado, donde la casa es un refugio de las personas, así como una barrera entre personas y el medio circundante, natural o no. La casa, como manifestación de la arquitectura, se convierte en un medio de comunicación y una fuente de información así como un instrumento del pensamiento (Flamarion, 2001: 19).

La relación entre arquitectura y ciudad es tan consustancial como la existente entre la arquitectura y las personas; no podemos, por lo tanto, imaginar una ciudad sin la arquitectura. La historia de la ciudad incluye la de su arquitectura, así como la historia de la arquitectura se ha hecho basada en la de la humanidad. Se tiene, por otro lado, que una ciudad desarrolla su forma en un espacio y en un tiempo, existiendo de esta manera muchos espacios y tiempos en la historia de la ciudad. Podemos ver cómo, en el curso de la vida de un ser humano, se presentan cantidad de imágenes de la ciudad, de acuerdo con las diferentes épocas y cómo la vivencia es la que permite esa relación tan íntima aunque no siempre consciente, entre las personas y el medio que les rodea.

Si la arquitectura no es la forma únicamente sino que su concepto evoluciona a definirla como contenido, como espacio más allá de lo envolvente, entonces podemos pensar en un espacio fuera, siendo este último el de la ciudad, el que se configura entre la arquitectura, el que permite y soporta los otros infinitos y variados elementos urbanos, como los jardines, plazas, calles, etc. De acuerdo con Kevin Lynch (1985), la ciudad, así como la arquitectura, es una construcción en el espacio, con la única diferencia del cambio en la escala.

Una lectura de la ciudad, inevitablemente nos conduce a su caracterización y a su definición, a la captura de muchas imágenes que, a veces, no comprendemos pero que de alguna manera han delineado o conformado un tipo de ciudadano. El espacio de la ciudad y todo lo que contiene condiciona nuestra vida y de una forma dinámica y no consciente nos hace protagonistas y actores de su construcción. La ciudad se puede definir entonces como un lugar en el que participamos cotidianamente, en el que transcurre nuestra vida y del que nos alimentamos perceptiva y emocionalmente.

El ordenamiento del espacio en la ciudad, llamado espacio urbano, ha respondido desde sus orígenes a la necesidad de protección frente al mundo exterior. Para hablar de espacio urbano y de lugar es

conveniente referirse al concepto de territorialidad, campo en el cual abundan las investigaciones interdisciplinarias, como la Psicología, Antropología y Urbanismo, para buscar explicar el sentimiento de propiedad y la evaluación del espacio personal. Uno de los estudios más significativos es el de Eduard T. Hall (1982), quien considera la existencia de la territorialidad entre los seres humanos, debido a que han inventado maneras de defender lo identificado como su espacio.

Hall ha trabajado con base en la proxémica, definida esta como el conjunto de observaciones y teorías concernientes al uso que el hombre hace del espacio como producto cultural específico. Para Hall, hay tres niveles espaciales: el de la casa, el de los establecimientos urbanos públicos o privados y el de la distancia que el individuo guarda con respecto a los demás. Acerca de este último nivel será importante referirse posteriormente.

Territorio es, pues, un espacio que abarca paralelamente varios elementos desde las estructuras físicas como las casas y los muros, los espacios abiertos, los seres humanos, así como los símbolos y las formas de desplazamientos (Bailly, 1978). Completando la idea, entendemos por lugar no solo como el conjunto de elementos tangibles y físicos sino como la introducción de variables psicológicas, antropológicas y económicas, completando así el espacio humano, con la garantía de una identidad y de una historia para las personas que forman parte de su construcción (Flamarion, 2001: 20).

La segregación del espacio

La segregación caracteriza las ciudades debido a que existe un conjunto de reglas para la organización del espacio urbano, orientadas a marcar diferencias sociales, según la época y la cultura (Caldeira, 2003: 211).

Se entiende por segregación, la acción de separar o apartar una cosa de otra, o a una persona de otra o de algo. Segregar el espacio significa delimitarlo, definir lo público de lo privado de manera

que se establece una jerarquía de permisividad de acceso desde el exterior o, como se comentó anteriormente con Hall (1982), se definen las distancias entre mi espacio y el de los otros. Ejemplo de esto es la marcada y radical diferencia existente entre un pórtico de entrada o umbral y una área de dormitorios, en el espacio de una casa; o entre ese mismo pórtico y el espacio de la calle, definiendo así una gama de conceptos tan variada como los lugares, los tiempos, los climas, los valores, los temores.

Es justamente en este umbral, definido por el arquitecto Paulo Casé (2000) como un momento lleno de fuerza que enmarca el acto de entrada donde se empieza a concebir el espacio interior. No obstante, se hace necesario ampliar este concepto, para los fines del análisis, a la totalidad de la envolvente de la arquitectura de manera que se incluyan otros contactos con el espacio exterior, como son las ventanas, los balcones, las terrazas o los patios.

Separar significa también la presencia de un medio que puede ser tangible o no dependiendo del enfoque que se desee dar; esto quiere decir que no es lo mismo separar por medio del ostracismo que por medio de un muro, sea este sólido o transparente. En nuestro caso, el elemento es tangible por lo que se hará necesario abordar el concepto del muro y de la reja.

El uso de la reja en la arquitectura se remonta al siglo XII. Es a partir de esta época cuando el concepto de reja no es visto solo como cierre funcional capaz de producir seguridad sino que es, además, elemento plástico y visual, transparente y simbólico. Esto refleja el inicio de una evolución estilística de la reja adecuadamente insertada en la historia del arte a lo largo del románico, gótico, renacimiento, barroco y siglo XIX hasta nuestros días (ver figura 1).

De acuerdo con la historia de la arquitectura de Costa Rica, es posible que el arribo de todas estas influencias estilísticas se hizo posible con la misma arquitectura sincrética que se produjo en nuestro país durante y después de la Colonia. Afortunadamente,



Figura 1. Reja colonial.

aún podemos ver ejemplos de esta rejería extraordinaria, especialmente en mansiones de los barrios Amón, Aranjuez y Escalante, así como en el Paseo Colón. Pero estas son solo muestras de un ideal estético en extinción o ya abandonado del todo.

Con respecto a las murallas, diremos que su origen es más antiguo que el de las rejas. Se pueden encontrar en la historia de la ciudad, con forma de empalizadas o montículos en las aldeas, como protección de los animales salvajes y para control del grupo familiar. En las comunidades primitivas cercanas al Eufates se construyeron murallas como límites físicos frente a las guerras y a la expansión urbana. La muralla sirvió como recurso militar; estéticamente marcó una línea entre campo y ciudad y, en lo social, marcó la diferencia entre ciudadano y extranjero. También es posible encontrar las murallas en las ciudades de los tiempos bíblicos, así como en la Edad Media, en donde se le apreciaban tanto como las agujas de las iglesias (ver figura 2). Aquí lo importante era que las murallas sólidas acompañaban el espíritu de confinamiento de la época evitando las visitas y definiendo los límites (Mumford, 1966). Más recientemente podemos reconocer las murallas en las ciudades conquistadas, usadas como defensas contra la piratería, como, por ejemplo, Cartagena de Indias.

Veamos concretamente qué sucede en nuestras ciudades y de la manera cómo somos percibidos. Curiosamente, el fenómeno del enrejado y amurallamiento es percibido por los otros, turistas en su mayoría o inmigrantes, más fácilmente de lo que lo percibimos nosotros mismos y es por eso que se

expone el comentario hecho anteriormente sobre la construcción cotidiana no razonada. El asombro de los otros cuando conocen nuestras ciudades, es la contradicción expresa entre el aspecto desértico de esta dentro de un país que se promueve como verde en el nivel mundial y, por otro lado, su aspecto claustrofóbico y el de su arquitectura vista como ciudad encierro o como ciudad cárcel, en un país que se promueve por su libertad, también en el ámbito mundial.

A pesar de que ambas percepciones son, además de adecuadas, vinculantes a la problemática de la ciudad y de la calidad del espacio urbano, es interés de este análisis solo referirse a la segunda. No porque la ciudad desierto carezca de importancia sino porque debe ser tratada a parte y con exclusividad.

A pesar de que día a día la imagen del espacio urbano colma nuestra visión, no siempre es fácil descifrar y exponer lo que vemos de una manera clara y ordenada. Es por esto que se ha utilizado el recurso de la fotografía de la imagen urbana para proceder al análisis. Es interesante cómo basta recorrer un espacio reducido de la ciudad para encontrar material suficientemente representativo.

Se ve cómo, históricamente, se ha alterado el espacio urbano y su imagen, con el uso de la reja y de los muros. Antiguamente, los terrenos de las edificaciones se delimitaban sutilmente para demostrar el límite territorial y evitar el deterioro de las áreas verdes o jardines. Se construía, entonces,



Figura 2. Muralla medieval.

un pequeño muro a veces sólido de ladrillo, a veces transparente, hecho de metales, generalmente, en sus más variadas formas geométricas. Este muro no sobrepasaba una altura mayor a un metro y no pretendía imponerse sobre la edificación para competir con esta (ver figura 3). Las casas, por ejemplo, eran visibles en su totalidad, incluso en más de una fachada pues los terrenos eran bastante amplios. Por otro lado, las casas no tenían rejas en puertas ni ventanas y la comunicación interior-externo de los espacios era fluida, no solo física sino, también, visualmente. Asimismo, era frecuente encontrar las cercas vivas, con el consecuente efecto valorado por el verde y las diferentes floraciones según la especie y la época del año.

Con el paso del tiempo, las casas adoptaron las rejas en puertas y ventanas y, además, el pequeño muro fue demolido y sustituido por rejas de mayor altura, o sobre el anterior se instalaba otra estructura completamente diferente para completar la altura necesaria (ver figura 4). Estos muros revelan la transición entre un momento y otro y son bastante desagradables a pesar de su franqueza pues no siguen ninguna lógica compositiva.

Posteriormente, se observa cómo sobre las rejas metálicas se coloca una extensión con sus finales en forma de punta de lanza con una intención expresa de agredir cualquier iniciativa de paso. En este caso, nuevamente se observa la transición tácita de un periodo a otro a pesar de que se unifica el material.

El acelerado proceso de urbanización segrega las grandes propiedades en fragmentos cada vez menores y establece así la contigüidad entre las edificaciones. Urbanizaciones completas con lotes de reducido frente, han producido un muro continuo a lo largo de la calle (ver figura 5). Estos poseen una altura aproximada a la de una casa de un piso, elaborados en metal transparente y con las respectivas variaciones de forma y color dependiendo del gusto del usuario. Aquí, en algunos casos, se sustituye la punta de lanza por la propia altura de la reja ya que no se evidencia una transición.



Figura 3. Sabanilla, Montes de Oca.



Figura 4. Santa Bárbara, Heredia.



Figura 5. La Uruca.

Más recientemente se produce un cambio significativo en el perfil de la ciudad. Se trata de los muros sólidos. Estos se ubican en el límite de propiedad frente a la calle para lo cual, incluso, se han generado cambios en la legislación urbana, la que permite su construcción siempre que tengan perforaciones, cuando se deseen usar como espacios cubiertos en el interior del terreno. También se aprecia que crecen estos vallados en forma de portones metálicos sólidos activados eléctricamente o de la manera más drástica, como muros absolutamente cerrados, elevados, construidos mayormente en mampostería. En algunos casos estos muros son tratados con texturas que imitan el adobe y con una gama de colores que van desde los pasteles hasta los tierras o los más cálidos, en un intento de contrastar el efecto negativo de su presencia por medio de un mejoramiento estético (ver figura 6).

Pareciera que esta etapa del proceso es la que da la pauta para la adopción del modelo de condominio cerrado como forma de habitabilidad, ampliamente difundido actualmente en nuestro medio. En este modelo, el tratamiento del espacio urbano, desde la perspectiva de su composición, es absolutamente nuevo y diferente. Se da, entonces, una segregación espacial tipo gueto o de pequeña ciudad amurallada dentro de la otra ciudad, la enrejada (ver figura 7).

Para culminar el análisis del proceso y del medio usado para la segregación del espacio urbano, es necesario referirse al alambre tipo navaja, icono profundamente asociado, en el imaginario colectivo, con los campos de concentración europeos. Este elemento se ha consolidado como la corona del muro con la connotación implícita y radical de protección, de separación y, al mismo tiempo, de agresión física y visual. Se ha usado indiscriminadamente sobre rejas o sobre muros sólidos o aun en las cubiertas de las edificaciones sin ningún escrúpulo (ver figura 8). Es de suponerse, sin embargo, que, en algunas ocasiones, se rechazará *ad portas* por las asociaciones emotivas que provoca.



Figura 6. Pinares, Curridabat.



Figura 7. Belén, Heredia.



Figura 8. Hatillos, San José.

Cuando observamos áreas no residenciales, el fenómeno no varía mucho. Se pueden encontrar grandes propiedades cercadas en su totalidad con malla tipo ciclón y alambre de púas o navaja, con láminas de hierro galvanizado e, incluso, con altos muros sólidos y con accesos controlados como es el caso de algunos oficentros, espacios educativos y centros comerciales, entre otros.

Conclusiones

Una situación como la anteriormente descrita conduce a pensar que este fenómeno urbano debe verse como un resultado. No es posible obviar la existencia de un trasfondo más complejo que, sin duda, debe ser analizado desde otras ópticas, como la social, la económica, la psicológica y antropológica, entre otras. Al mismo tiempo, al entenderlo como resultado o producto no debe obviarse su significado.

Esta imagen urbana, este escenario que día a día alimenta nuestro espíritu, puede aceptarse como un texto escrito, comparable con el grafito que, además de mensaje, tiene forma, una expresión y una nueva estética, que aunque en este caso no pueda reconocerse como agradable, emerge la estética de la seguridad. Es importante, además, comprender que en el caso de la ciudad de San José, el texto visual es extenso, tanto como la propia ciudad que históricamente se articuló de forma horizontal, haciendo honor a la cultura costarricense de solo reconocer como propio su espacio habitacional, cuando este está literalmente asentado en el suelo.

Por otro lado, pareciera que como consecuencia de este proceso se da también otro proceso: el de invisibilización. Se invisibilizan, por ejemplo, la arquitectura, el espacio público, las relaciones interpersonales. Es claro cómo van perdiendo valor a medida que lo gana el muro y el enrejado y pareciera importante comprender que para hacer algo invisible no son solo necesarias las barreras tangibles sino que, además, las mentales. Pero, lamentablemente, la presencia de los dos tipos magnifican el problema.

En estos tiempos convendría preguntarse: ¿cuál será el significado de la forma y la imagen de la ciudad de San José? ¿Cómo estamos, como ciudadanos, percibiendo la ciudad que día a día hacemos? ¿Estaremos encaminándonos a un proceso de neo-medievalización (Eco, 1999: 74) de la ciudad?

Bibliografía

- Bailly, A.
1978 *La percepción del espacio urbano*. España, Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local.
- Caldeira, T.
2003 *Cidade de muros: crime, Segregação e Cidadania em São Paulo*. (2ª. Ed.). São Paulo, Brasil: Editora 34 Ltda.
- Casé, P.
2000 *A Cidade Desvendada*. Río de Janeiro, Brasil: Ediouro Publicações, S.A.
- Chueca, F.
2001 *Breve historia del Urbanismo*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- De Olager-Feliu, F.
1997 *La reja arquitectónica medieval en España. Su implantación, desarrollo, simbolismos y tipologías*. Recuperado en noviembre del 2002, del sitio web: <http://www.ucm.es/BUCM/revistas/ghi/02146452/articulos/ANHA9797110087A>.
- Eco, U.
1999 *La estrategia de la ilusión*. (3ª. Ed.). Barcelona, España: Editorial Lumen.
- Flamarion, C.
2001 *Ensayos*. San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

- Hall, E.
1982 *La dimensión oculta*. México D.F., México: Editorial Siglo XIX.
- Lynch, K.
1985 *La imagen de la ciudad*. (2ª. Ed.). México D.F., México: Ediciones G. Gil, S.A.
- Mumford, L.
1966 *La ciudad en la Historia*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Infinito.
- Rossi, A.
1986 *La arquitectura de la ciudad*. (7ª. Ed.). Barcelona, España: Editorial Gustavo Gil, S.A.